

Capítulo 1

Lunes 27 de julio. Me encontraba sola en mi casa, planchando la ropa recién sacada de la secadora, girando la cabeza a la izquierda para que el ventilador me diese de lleno y observando por la ventana la flama que desprendía el asfalto. Era el mes más caluroso de los últimos veinte años en Madrid y hasta planchar resultaba cansino.

Sonó el móvil. Era Rocío, mi compañera de universidad...

—Hola Ro —así la solíamos llamar—. ¿Qué tal?

—Hola Lourdes. ¿Recuerdas que hace un mes, el último día de facultad, acordamos irnos un fin de semana a la playa?

—Sí. Lo recuerdo.

—Pues este fin de semana nos vamos el viernes y volvemos el domingo por la tarde. Vamos a la playa de la Malvarrosa, Valencia. ¡Ah! Y esta vez no me salgas con alguna excusa de las tuyas para escaquearte —me dijo con una notable alegría a la par que me recrimina algunas de mis negativas pasadas.

—Lo siento Ro, pero te voy a decepcionar. Me muero de ganas por ir, pero no estoy bien de dinero —argumenté, intentando justificarme.

—No me digas eso —repuso con desaprobación—. ¿Vas a ser la única del grupo que no venga? ¡Yo te dejo dinero, pero tienes que venir! ¡Sin ti no va a ser lo mismo! ¿Llevamos todo el mes

planeándolo para nada? —me inquirió, intentando convencerme.

—No te canses, Ro. Más ganas que yo no tiene nadie. Te lo aseguro. Pero no puedo ir —insistí, intentando mantenerme firme.

—Qué mala suerte tienes. Siempre te pasa algo y no puedes. ¿Acaso tienes algo en contra de alguno del grupo? Porque parece que fuera de la facultad nos esquivas como la peste —me recriminó con toda razón.

—No digas tonterías. Han sido casualidades. Momentos inoportunos. ¿Qué le hago yo? ¡A ver si te crees que yo disfruto quedándome aquí!

—Bueno Lourdes, que se le va a hacer. Voy a llamar a Roberto para decirle que no vienes. Creo que quería llevarse a una amiga.

—¡Espera! —la frené, arrepiñiéndome—. No le digas nada a Roberto. Esta noche hago cuentas y mañana te llamo.

—¡Claro que sí! —exclamó exaltada—. Ya verás que bien nos lo vamos a pasar. Mañana espero tu llamada. Chao.

—Chao Ro.

Cuando colgué el teléfono me sentí fatal por dos motivos. Porque era cierto que los esquivaba, y porqué le había mentido a propósito. Lo del dinero sólo era una excusa para no desvelar la verdad, y la verdad es que Francisco, mi novio, era muy celoso y no me dejaba ir sola a ningún lado. Él no se oponía a que saliese... ¡pero juntos! Hacía mucho tiempo que cada vez que dejaba caer la posibilidad de salir por mi cuenta me costaba una pelea. Yo lo quería y me daba miedo perderlo, y creo que por eso al final siempre acababa cediendo. El caso es que con el tiempo me fui acostumbrando a hacerlo todo con él y a ir a los mismos lugares, hasta que llegó un momento en que no sólo no proponía salir por mi cuenta, tampoco me lo planteaba; ¡era una tontería! Si quería estar con él, tenía que joderme.

Por su parte, él no dejaba caer nunca la posibilidad de irse con sus amigos, aunque no es de extrañar. ¡¿Cómo iba a proponer

aquello que me prohibía y por lo que peleaba? El caso es que dos meses atrás, sus amigos planearon irse de cena. Esperó hasta el último día para decírmelo, pero Francisco no me preguntó si podía ir, ni siquiera me dijo que le gustaría. Sólo expresó con timidez que sus amigos se iban de cena. Después de habérmelo prohibido a mí desde los albores de la relación, no sabía cómo plantearlo, pero lo deseaba como tantas otras veces lo había deseado yo.

¡No desaproveché la oportunidad!

—Si quieres puedes ir. A mí no me importa que salgas con tus amigos. Confío en ti.

Tenía la esperanza que enfrentando mi confianza con su desconfianza conseguiría hacerle ver lo equivocado de su aptitud. Pensaba que así, la próxima vez que me tocase a mí, todo no acabase tras un rotundo NO.

Un mes después me llamó Andrea, una amiga de la infancia a la que Francisco sólo conocía de oídas. Me comunicó que se casaba y me dio las fechas de la despedida de soltera y de la boda. Aún tengo grabada en mi memoria la reacción de Francisco cuando se lo hice saber. Primero le informé que Andrea se casaba y que estábamos invitados. Él se alegró alegando que por fin la iba a conocer, pero cuando le solté que una semana antes era la despedida de solteras, la cara le cambió. Aquel día no discutimos. Él sabía que no me podía prohibir acudir, y encima, la salida nocturna con sus amigos estaba demasiado cercana, pero su cara reflejaba con claridad cómo se carcomía pensando que iba a salir sola. Más aun sabiendo que él, como no conocía al novio de mi amiga, no iría a la despedida de los hombres. Desde que se lo dije hasta la despedida pasaron tres semanas. Todos los días con mala cara y preguntándome dónde iba a estar, hasta cuándo y con quién iba a dormir.

Andrea vivía a dos horas de Madrid. Eso era lo que peor llevaba Francisco. No soportaba el hecho de que me quedase a dormir

fuera. Creo que por eso pasó los últimos tres días peleando por cualquier cosa. Por muy pequeña que fuese la tontería, él la utilizaba para mostrar su descontento. En esos días no le hice mucho caso, sabía que sus peleas eran un intento a la desesperada para sabotear mi “día libre”. Recuerdo que pensaba: *no desaprovecho este día por nada del mundo*.

El día de la despedida llegó, y en cuanto me marché del piso, apagué el móvil.

¡Cómo me lo pasé!

Al día siguiente, al despertar en casa de Andrea, encendí el móvil. Tenía no menos de siete avisos de llamadas de Francisco, el último de ellos a las seis de la mañana. Se había pasado la noche llamándome y sin poder dormir porque estaba saliendo en libertad.

Por la noche regresé a Madrid.

Conforme me acercaba al piso noté que agarraba el volante con más fuerza, no en vano, mi nerviosismo crecía conforme se acercaba el momento de encontrarme con Francisco.

Al entrar por la puerta más o menos fue como yo esperaba. No le interesó si me lo había pasado bien o dónde habíamos estado, lo primero que me soltó gritando fue...

—¿Por qué has apagado el móvil?!

—Apagué el móvil porque sabía que me ibas a llamar cada dos por tres y no quería que me aguaras la noche.

Aquel día tuvimos la pelea más fuerte hasta la fecha.

Una semana después fue la boda, y tras ella, todos nos fuimos a una discoteca de Madrid. Aquella noche no me gustó lo que vi. Todas las mujeres, incluida yo, que la semana anterior en la despedida estábamos dislocadas, ahora “nos comportábamos”. Todas en presencia de nuestras parejas “éramos correctas”.

Yo me encontraba de pie junto a mi novio. Fue curioso escuchar como el recién estrenado marido de Andrea, después de haber conocido a Francisco, le contaba a éste como la semana anterior,

en la despedida de ellos, todos se “desmadraron”. Ellos habían hecho lo mismo que nosotras; aprovechar la ocasión. Aquella noche y en aquella discoteca, también los hombres “se comportaban”. Aquello me hizo recapacitar, y sin poderlo evitar, una pregunta surgió en mi interior:

¿Qué está pasando con las relaciones actuales?

Otro dato que me llamó la atención fue que allí nadie hablaba de la boda, allí el tema central alrededor del cual giraban todas las conversaciones era la despedida de la semana anterior. La conclusión fue que todos nos desmadremos por separado, pero nadie lo hacía con su pareja al lado.

¡Cómo había cambiado la historia en tan solo una semana! De disfrutar a simplemente estar. De ser libre a estar atada.

Esa noche empecé a darme cuenta de lo obvia y tangente que era mi realidad. Yo no me lo pasaba bien con Francisco porque salir con él se había convertido en una obligación y no en una elección. Sus celos me privaban de algo que no me podía dar; la satisfacción de poder elegir libremente. Tantas veces me privé de algo para no enfadarlo, tantas veces tuve que sacrificar mis deseos por él, que terminé permanentemente resentida. Y ese resentimiento me impedía disfrutar a su lado.

Por eso en la despedida me lo pase tan bien; sin resentimiento era libre de disfrutar sin ataduras.

¡Y cómo disfruté!

Pero en la boda me sentía atada, y de alguna manera, obligada a permanecer a su lado por si acaso se enfadaba.

Pensando en todo esto miré a mí alrededor.

Francisco, a mi lado, conversando con el marido de Andrea.

Yo, pensativa, estaba como ausente.

Los demás, como si fuese la guardia civil, cada uno con su pareja.

Las caras de mis amigas no irradiaban ni de lejos la alegría de la

semana anterior, y para qué negarlo, la mía era un poema después de haber pasado toda la semana escuchándolo despotricar y echándome en cara que había salido por mi cuenta.

Me detuve en esa sensación, la del resentimiento. Caí en la cuenta de que no era la primera vez que la experimentaba. Hacía muchos meses que me sentía igual cada vez que salíamos juntos, pero nunca me había percatado que me había acomodado a ella. La cuestión es que, con el recuerdo latente y cercano de la despedida, pude comparar como me sentía esa noche y como me sentí la semana anterior.

¡La diferencia era abismal!

Levanté la mirada y me vi reflejada en el cristal que había en la pared de enfrente. Tenía el rostro serio, lacónico y un poco gruñido.

A mi lado, Francisco, conversando alegremente, pero sin separarse mucho.

Volví a agachar la cabeza.

Me sentí como una esclava al lado de su amo. Acatando órdenes sin oponerme ni rebelarme contra el *supuesto poder impuesto*. Volví a mirar a mí alrededor y empecé a observar al resto de parejas que allí se encontraban.

¡No me creía lo que veía!

La mayoría de las mujeres y algún que otro hombre tenían la misma cara que yo; éramos los esclavos de los celos. En el lado opuesto, los que conversaban alegremente como Francisco; los amos de los esclavos.

Aquella imagen me impactó. Era una esclava atada y dolorida. Obligada a hacer lo que le mandan y forzada a acatar lo que le imponen bajo amenazas de abandono. Me sentí encerrada, comprimida, apretada y asfixiada.

¡¿Cómo iba a ser feliz así?!

Era imposible bajo aquella tortura a la que *todos*, estúpidamente,

alguna vez nos acostumbramos.

Aquel día supe que lo mío con Francisco no tenía futuro.

Retomando la historia anterior, entendía por qué Ro me recriminaba que fuera de la universidad los esquivase como la peste. Lo que ella no sabía era que me costaba una pelea cada vez que proponía algo parecido. Llevaba dos años y medio de relación, el último de ellos viviendo juntos y conocía perfectamente a Francisco.

Tengo que reconocer que durante mucho tiempo conseguí convencerme con el argumento que tenía celos porque me quería mucho, pero yo me sentía cada vez más encerrada en una prisión sin barrotes, y desde la boda de Andrea, buscaba una excusa a la que subirme para poder escapar. Creo que por eso le dije a Ro que me diese un día más.

¡Era mi oportunidad!

Además, ya estaba harta de la trampa de las fechas, porque las fechas son como una trampa que te encadenan en el tiempo a un lugar en el que no quieres permanecer; ahora no lo dejo porque se acerca San Valentín, después viene su cumpleaños, nuestro aniversario, y más tarde mi cumpleaños, y como siempre me hace algún regalo me siento mal o fatal sólo de pensar en dejarlo, y a la vuelta de la esquina aparece la navidad y las reuniones familiares, y otra vez San Valentín cerrando el círculo y vuelta a empezar. Nunca es el momento de romper. Siempre hay alguna fecha que te obliga a permanecer. Por eso digo que las fechas son una trampa, o, dicho de otra manera, otra cadena de la que me tenía que librar si quería escapar de aquella situación que estaba empezando a ser agónicamente dañina.

Sabía que el simple hecho de proponer el viaje a Valencia provocaría una pelea que sería la excusa perfecta para dejarlo. Estaba decidida a romper las cadenas que me ataban y sólo había

una cosa que la daba por sentada, no estaba dispuesta a seguir sacrificando la libertad que necesitaba sólo porqué a él le molestaba. Su actitud era más propia de un carcelero que de un amante, aunque también es cierto que me daba miedo enfrentarme a él. Siempre que lo intentaba pasaba lo mismo. Todo acababa en una pelea monumental que finalizaba cuando Francisco amenazaba con abandonarme y yo cedía por miedo a perderlo.

¡Pero ya estaba cansada de ese final!

Eran las siete de la tarde y faltaba una hora para que llegase del gimnasio; iba todas las tardes directo del trabajo.

No dejaba de pensar en cómo se lo iba a decir, en cómo se lo tomaría y en su más que asegurada y desproporcionada reacción. Aunque una cosa estaba clara, no se lo podía decir pidiéndole permiso, eso le otorgaba el poder de negarse. Debía mostrarme firme y contundente, y, sobre todo, no podía ceder, aunque de esto último no estaba muy segura. Si alguna vez me hubiese mantenido firme sin ceder, seguramente no estaría aún con él. Lo que me hacía dudar era que no sólo debía enfrentarme a él, además tenía que superar mí miedo a perderlo y quedarme sola.

¡Qué difícil es desapegarse de aquello que queremos!

¡Qué trabajo cuesta enfrentar el miedo al desapego!

¡Qué difícil resulta romper las cadenas imaginarias que nos atan a pesar de ver con claridad cómo nos hacen sufrir!

Nada más llegar de trabajar se metió en la ducha.

Francisco medía uno ochenta, pelo moreno, ojos negros y mirada seductora. Su cuerpo estaba bien esculpido gracias a su persistencia en el gimnasio, además de cuidarse por dentro a través de la alimentación y de no fumar. Para él el físico siempre fue muy importante.

Hice la cena y preparé la mesa. Por las noches no solíamos comer fuerte, así que preparé algo de sopa y una ensalada. Los nervios me comían por dentro y las manos me temblaban, tanto,

que se me escurrió un vaso entre los dedos y calló al suelo, rompiéndose en mil pedazos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó asomándose por el pasillo.

—Nada —respondí cogiendo el cepillo y el recogedor—. Se ha caído un vaso y se ha roto.

Francisco salió de la ducha con el pijama puesto y nos sentamos a cenar. Los segundos pasaban y yo no encontraba el momento de decírselo. Pensaba que no iba a ser capaz, pero entonces...

—Hoy me ha llamado Rocío, la que vive en Pozuelo. Los compañeros de la universidad van este fin de semana a una playa de Valencia y me han invitado.

Francisco terció el rostro, detuvo la cuchara en el aire y alzó la vista para mirarme, y de paso, mostrarme su total disconformidad al respecto sin ni siquiera pronunciar una sola palabra.

En ese momento un escalofrío me sacudió el cuerpo. Por un momento su mirada penetrante subyugó mis propósitos, y durante un instante, me planteé seriamente la posibilidad de tirar la toalla. Por suerte no fue así.

—He aceptado la invitación —le dije con firmeza exterior, pues por dentro me temblaban todos los órganos.

Francisco dejó de comer. Me miró con el ceño fruncido y pinchó con voz ruda.

—Este tema lo hemos hablado muchas veces. Ya puedes estar llamándola y diciéndole que no puedes ir.

—No —espeté, ante mi sorpresa, elevando un poco el tono de voz—. Nunca lo hemos hablado. Tú has dispuesto y yo he tragado. Además, ¿por qué no puedo ir si no voy a hacer nada raro?!

—Porqué hay mucho aprovechado suelto por ahí y no voy a permitir que nadie te diga nada —argumentó alzando la voz.

—¡Pero ¿quién me va a decir nada si voy con el grupo de la universidad?! —le repliqué.

—¡Peor aún! —voceó—. Los universitarios son los peores. Te

invitan a una copa, le echan algo en la bebida y después...

—¡No digas tonterías! —le interrumpí gritando—. ¡Qué me van a echar si son mis amigos!

—¿Pero a ti qué te pasa hoy? —crispó enfadado, levantándose de la silla—. Estamos tan bien y ahora me sales con esas —clamó rozando los gritos.

—¡No estamos bien! —chillé yo—. Tú estás bien porque hago lo que tú quieres, porque hace mucho tiempo que no propongo nada precisamente para no pelear. Pero yo no estoy bien. ¡Soy yo la que traga y aguanta, no tú!

—¿Qué me estás contando?! Hace un mes te fuiste de despedida y ahora te quieres ir un fin de semana a Valencia. ¡Tú sola! ¿Es qué me he vuelto loco? ¡Qué se te quite de la cabeza! —me rebatió sacando ese ogro enfurecido que llevaba dentro.

Era inútil seguir con esa escalada de voces y gritos que no llegaban a ninguna parte. Suspiré profundamente, rebajé el volumen de mis palabras, pero no la firmeza de estas, y sentencié...

—¡Qué va, Francisco! Esta vez no voy a tragar. Voy a ir.

—¡Ya entiendo! —clamó con sorna—. ¡Tú lo que quieres es ir a perrear con los tíos! ¿No? Por eso te quieres ir tan lejos, para que nadie te vea —me acusaba sin bajar el volumen de su voz.

—Eso no es verdad —le repliqué con rabia—. No empieces por ahí que no es así. Yo nunca te he dado motivos para que pienses eso, ni para que me mires el móvil ni para que andes siempre preguntando dónde he estado y con quién —y gritando concluí expresando una verdad enorme— ¡Estoy harta de tanta desconfianza!

A lo que Francisco respondió gritando aún más.

—¡Me da igual! ¡Si prefieres irte por ahí en vez de estar conmigo es por qué no me quieres!

—¡Tú siempre agarrándote al mismo sitio! —le reproché—. ¿Qué tendrá que ver una cosa con la otra?

—¡Pues mucho! —argumentó sin dejar de gritar—. ¡Por qué si me quieres con quien tienes que estar es conmigo y no en la playa con otros tíos! ¡Por qué yo no voy a ninguna playa con ninguna tía! ¡Además, no quiero discutir más! ¡Si te vas a Valencia no vuelvas! —sentenció acordonando el entrecejo y señalándome la puerta del piso.

Con los ojos vidriosos y presa de la más exasperante impotencia lo miré y pensé en silencio —si lo sé no empiezo.

Así permanecí un momento, paralizada y sin saber qué hacer. Francisco dejó de mirarme y se sentó nuevamente en la mesa bosquejando una tenue sonrisa victoriosa, cosa que me molestó en demasía.

—Me tienes harta —sentenció recuperando el tono normal de mi voz.

—¡Me da igual! —gritó mirándome enfurecido—. ¡Tú sabrás lo que haces!

En ese momento la frustración me envolvió por completo y rompí a llorar. Me di la vuelta y entré en la cocina. Allí permanecí largo rato. En mi cabeza no dejaban de golpearme los recuerdos de cuando, dos años y medio atrás, en los albores de la relación, se llenaba la boca alegando que él era un tío moderno y liberal.

¡Cómo había cambiado!

Tras la pared que separaba la cocina del salón se encontraba un hombre muy distinto al que conocí. Alguien que, de no ser por lo mucho que lo quería y el tiempo que llevaba a su lado, ni siquiera me plantearía estar con él. Estaba nerviosa y llena de rabia. Miré la foto que había encima del frigorífico; los dos abrazados y sonrientes. La tumbé bocabajo. Durante un momento me planteé la posibilidad de irme a casa de mis padres, aunque la descarté inmediatamente. Hacer las maletas en ese momento provocaría

otra discusión y no me apetecía. Decidí esperar.

Esa noche apenas pude dormir. La pasé en vela intentando no tocarme con él, buscando la manera de romper con todo aquello y martirizándome, pensando que no era capaz de afrontar la situación.

¿Por qué me cuesta tanto trabajo dejarlo? —me preguntaba una y otra vez.

La cabeza empezó a dolerme de tanto pensar, y al final, por suerte, el cansancio me derrotó y quedé dormida.